

unas cosas en los pueblos que son por necesidad perpetuas, y hay otras que son por su naturaleza variables y movibles. Para estimar exactamente los sucesos de la conquista de América por las armas españolas, es indispensable atender á la índole y carácter de los dos pueblos, el dominador y el dominado, á las circunstancias en que obraron, y á la época en que vivieron. Si á estas consideraciones se agrega la de la religion que nuevamente se introdujo, y los efectos que causó, se tendrán las premisas necesarias para sacar rectas consecuencias.

Las declamaciones acaloradas y los discursos fogosos (por no darles otro nombre) que sobre esto se publican de cuando en cuando, podrán tener el mérito, si se quiere, de una gran vehemencia en el lenguaje, mas no se podrá decir de ellos, que contienen un análisis razonado de los sucesos, ni una indagacion exacta de sus causas, ni menos la imparcialidad severa y reflexiva que esta clase de obras requiere. Merecerán los aplausos de una parte del auditorio que las escucha, ó las alabanzas de un partido, por el espacio de un dia; mas no pasarán á la posteridad, ni servirán nunca de guía al historiador, para referir los hechos tales como acontecieron.

Nuestro periódico seria ajeno á esta clase de cuestiones, si en ellas no se mezclase alguna vez la religion, ya negando con inconcebible ingratitude los bienes que trajo á este suelo, ya culpándola de los mismos escesos que moderó. Justo será dedicar algunas líneas á su defensa, sintiendo únicamente que ellas no sean tan estensas como debieran, ni que la pluma que las traza tenga la capacidad conveniente para desempeñar bien tan bello asunto.

¿Qué era México antes que lo alumbrara la luz de la verdadera religion? Era un pais entregado á la mas triste supersticion. La idolatría dominaba en él, y las aras de las falsas divinidades se teñian todos los dias con sangre de víctimas humanas. Los emperadores de México declaraban la guerra con frecuencia á los pueblos vecinos, sin motivo justo, y aun sin pretesto aparente, solo por hacer prisioneros á quienes sacrificar con esquisitos tormentos. El orden del sacrificio, era por lo comun, arrancar á la víctima viva el corazon, abriéndole unas veces el pecho y otras las espaldas, y ofrecerlo todavía palpitante al terrible Dios de la guerra, ídolo espantoso, que asentado en lo mas alto del templo mayor, recibia estos homenajes de manos de unos ministros tan insensibles como él. Estas escenas dolorosas se multiplicaban de una manera increíble, principalmente en las coronaciones de los monarcas, ó en otros acontecimientos no comunes. Pueden verse lo que acerca de su número han dejado escrito los historiadores que los alcanzaron, y que tuvieron suficientes datos para apreciar el número de ellos.

Fácil seria citar mil ejemplos de la supersticion mexicana; pero bastará el siguiente, referido por Clavijero al fin del libro segundo de su historia. "En honor, dice, de esta funesta divinidad (la del Dios de la guerra), hicieron por aquel tiempo ¹ un horrendo sacrificio que no se puede oír sin espanto. Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada, rogándole que les diese alguna de sus hijas, para consagrarla co-

¹ Hacia el año de 1338 de la era vulgar.